

Tras las huellas de Borges

Luis Alberto de Cuenca

LITERATURA Y VIAJE, DOS TÉRMINOS DIFÍCILMENTE SEPARABLES. EL POETA Y FILÓLOGO LUIS ALBERTO DE CUENCA NOS CUENTA UNA VISITA A BUENOS AIRES BAJO LA SOMBRA DE BORGES.

La última vez que estuve en Buenos Aires fue en marzo de 2005, invitado por mis amigos Hebe y Alberto y Alejandro Roemmers, que habían preparado meticulosamente el viaje para que todo saliera bien, incluyendo deliciosos desplazamientos a Punta del Este, la serranía de Córdoba y el Neuquén. Me acompañaba Alicia, que aún no conocía Argentina y que se llevó la mejor de las impresiones acerca del país. Los días que pasamos en la capital nos hospedábamos en la zona del famoso cementerio de La Recoleta, en el hotel Alvear, a un centenar de metros de la casa de Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, rodeados de gente paseando con perros bien educados y de esa vegetación inconfundible que lo ubica a uno en América, por mucho que el trazado de las calles y el cosmopolitismo de los porteños haga pensar que uno se encuentra en el continente europeo, a caballo entre Londres y París.

Que Buenos Aires es la ciudad de Borges, por excelencia y por antonomasia, es tan evidente como que «ese cielo azul que todos vemos / ni es cielo ni es azul», que dijera uno de los hermanos Argensola, o como que las zanahorias y las bombonas de butano son de color naranja, o como que un maldito balletero acabó cargándose alavecilla que distraía los obligatorios ocios del prisionero. Borges vivió en Buenos Aires la mayor parte de su vida, y fue en esa ciudad donde desarrolló su portentosa imaginación literaria, donde leyó su primer *Quijote* (naturalmente en inglés), donde se enamoró

por primera y por última vez, donde dirigió la Biblioteca Nacional (que entonces estaba situada en la calle México), donde transcurre la inmensa mayoría de su anecdotario personal. Ciertamente es que la helvética Ginebra lo acogió en la crucial etapa de su adolescencia, cuando se forjan los escasos mitos que llevamos siempre a la mano durante el resto de nuestras vidas, y real es también que murió y fue enterrado en la ciudad de Calvino y de Rousseau, no lejos de Villa Diodati, el lugar mágico a orillas del Lemán donde surgió la posibilidad de que Mary W. Shelley alumbrara al hombre artificial después de una velada memorable. Pero del mismo modo que no podemos imaginar a Ariosto sin Ferrara ni a Galdós sin Madrid, nos es prácticamente imposible evocar el perfil de Borges sin la geografía porteña, que le dio cobijo espacial, y hasta espiritual, durante tantos años de su larga vida, desde la infancia en que el niño-dios Georgie reinaba sobre el mundo hasta la senectud, tan alabada por Cicerón y tan provechosa en el caso del autor de *Ficciones*, pues no conozco una vejez tan fértil y fructífera como la suya.

El hecho es que Alicia y yo nos dispusimos a transitar por Buenos Aires como si Borges estuviese vivo, y conseguimos verlo encaramado al árbol de la sabiduría en un jardín de Palermo, y merendando en la Richmond de la calle Florida, no lejos de la calle Maipú, y conversando con sus alumnos en cualquier esquina del centro sobre la importancia de las *kenningar* en el *Hildebrandslied*. La ciudad de Buenos Aires debería sustituir su sistema de señalización viaria por uno alternativo que indicara los accesos a los mil y un *loci sacri* que jalonan la biografía porteña de Borges, sus diferentes casas, los cafés donde se reunía con sus amigos, las calles por las que pasaba rumbo a tareas laborales o festejos sociales, las infinitas huellas de ese *fervor* transeúnte que siempre experimentó en relación con su ciudad natal y que no decayó jamás a lo largo de su existencia.

Lo de menos sería el hecho de que esas indicaciones callejeras condujeran a lugares de tradición borgiana fehaciente o que nos transportaran a rincones imposibles desde el punto de vista de la lógica, a la manera de los figurados por Escher. Borges se formó con Heráclito, el filósofo presocrático que defendía el movimiento perpetuo, ese *panta rhei* que resuena en nuestros oídos como el

murmullo de una fuente eterna, como el estrépito del océano al derramarse por el precipicio donde la tierra firme se acababa y no había universo allá afuera y nuestro mundo no era redondo. «Bien y Mal son una sola cosa». «El camino hacia arriba y hacia abajo es el mismo.» De ahí que la excursión por Buenos Aires más indicada para rastrear las huellas de Borges no va asociada a criterios de verdad histórico-biográfica, sino a las nebulosos e imprecisos ordenamientos por los que se rigen los sueños.

Por eso cuando Alicia y yo, hace casi dos años, discurríamos por Buenos Aires con nuestros amigos argentinos *à la recherche* de Borges, lo hacíamos con el manual de interpretación de los sueños de Freud debajo del brazo, por si había avenidas que condujesen a la delgadísima línea que separa lo posible de lo imposible, por si había caminos de cuchilleros o autopistas de padres de la patria que nos llevaran a la isla del doctor Moreau de H. G. Wells, o a la isla de los muertos de Böcklin, o a la isla del tesoro de Stevenson, que es en ese tipo de sitios donde el autor de *El oro de los tigres* tiene su casa múltiple y fluyente, donde uno puede conversar con él a cualquier hora del día o de la noche, porque allí día y noche no se suceden, sino que se limitan a *suced*er, lo que resulta más gratificante ©

